

Cetáceos en Costa Rica: ignorancia vs. conservación

En Costa Rica, la porción de superficie marítima (500.000 km²) es mucho mayor que la territorial (51.100 km²), por lo que sería de esperar que los ecosistemas marinos presentes en el Océano Pacífico y en el Mar Caribe recibieran mayor consideración científica. Pero la realidad no es ésta, sino que existe una deficiencia de información básica, tanto biológica como ecológica, sobre la mayoría de los organismos, poblaciones y comunidades marinas. De esta realidad no escapan los cetáceos (ballenas, delfines y marsopas): de las 28 especies que se avistan en el país solo se posee información exhaustiva de pocas: del delfín nariz de botella, del delfín manchado del Pacífico y de la ballena jorobada.

El principal problema que tenemos respecto de la información sobre ballenas y delfines es que ella no va de la mano de la explotación que se efectúa, ejemplo de lo cual es la creciente industria turística de observación de cetáceos, que podría afectar negativamente las poblaciones de esos animales y su hábitat. Además, a pesar de los grandes esfuerzos que mundialmente se realizan, en el país no se posee estrategias de investigación, de educación, de manejo ni de evaluación de las actividades vinculadas con los cetáceos. Así, en Costa Rica no tenemos certeza en cuanto a si es por capturas, por degradación o pérdida de hábitat, por competencia con pesquerías, por contaminación por ruidos o por disturbios y cambios climáticos globales que se afecta directa o indirectamente las poblaciones de cetáceos.

Los cetáceos, por ser organismos que se encuentran en la cima de la cadena trófica, con muy pocos depredadores naturales, tienen un enorme significado ecológico, por lo cual la investigación dirigida a la biología y ecología de ellos facilitaría la comprensión de la vulnerabilidad de los ambientes marinos. También, por su naturaleza y por la cantidad de grasa que acumulan, podrían ser indicadores de potencial contaminación marina -por pesticidas, por ejemplo. Además de lo cual poseen un alto valor económico a causa de la actividad de avistamiento, que puede beneficiar mucho a las comunidades costeras: en 1991, los 4.046.957 observadores de ballenas y delfines generaron a los facilitadores del avistamiento ganancias de \$504.278.000 y en 1998 los 9.020.196 observadores ya

existentes produjeron ganancias de \$1.049.057.000; en 1991, 295 comunidades practicaban esa actividad y en 1998 ya eran 492 comunidades; en 2001, solo en Costa Rica se reportaron 34 tour-operadoras con esa actividad y de ellas nada más una le daba un carácter formativo teórico-práctico. Seguramente hoy la actividad ha crecido mucho más influyendo sobre muchas comunidades costeras.

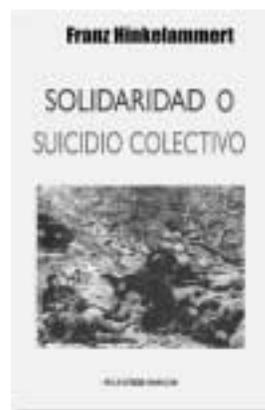
Para iniciar el proceso de conservación de los cetáceos se debe poseer muchísima información básica sobre

ellos -relaciones sociales, especializaciones de alimentación, grupos de caza, etcétera-, tal que se pueda estar facultado para plantear estrate-

por **Damián Martínez**

gias de manejo. Así, el aumento en la investigación de campo para la generación de más conocimiento parece ser el punto de partida para la conservación de los cetáceos en Costa Rica. (Actualmente, por dicha, se encuentra en revisión por el Ministerio del Ambiente, el Instituto Costarricense de Turismo, el Ministerio de Obras Públicas y Transportes y el Instituto Costarricense de Pesca un decreto llamado Reglamento para las Actividades Relacionadas con Cetáceos, a partir del cual se dará paso a la creación de áreas de protección marinas.)

[A LA VENTA]



Información y pedidos: 2773688; ambientico@una.ac.cr

Damián Martínez, biólogo marino, es presidente de la Fundación Keto.